

## la intervención estatal

**T**ODOS los fines de año suelen hacerse encuestas sobre las actividades de los doce meses. Figuras más o menos significativas de cada especialidad responden a preguntas encaminadas a saber si el año fue bueno, malo o regular.

Yo quiero aprovechar la encuesta de «Ya» sobre el año teatral para hacer una serie de acotaciones a lo que allí planteaban algunos de los consultados. El tema lo considero de gran interés. Quizá, desde cierto ángulo, sea el primer tema teatral de nuestro tiempo. Me refiero al de la nacionalización del teatro, a su salto de empresa privada a decidido servicio público.

No es nada sencillo afrontar la disyuntiva. Es un problema matizado, en el que, primero, hay que elegir el mejor camino y luego considerar las dificultades que encierra. Quiero decir que en los dos planos hay problemas.

Una teoría sostiene que el Estado «no debe de hacer la competencia» al empresario. Según esto, toda la subvención destinada al teatro debe ir a manos de los empresarios, que encontrarían así una forma de sostener o aumentar su negocio. La «competencia estatal» es considerada inmoral, en tanto el Estado goza de numerosas ventajas sobre el empresario privado.

La otra posición es que encerrando el teatro una posibilidad de cultura y siendo la cultura del país un bien común, justo es que el Estado, a través de los Ministerios y de los organismos «paraestatales», luche con todos sus medios para conseguir que el teatro cumpla sus fines generales.

Yo creo que el dilema es interesantísimo y que no cabe resolverlo «a partir del teatro». Encierra toda una concepción sobre la sociedad y el Estado, y por las soluciones que se le dé, será fácil descubrir el pensamiento general de donde emana.

Probablemente, cualquier respuesta «radical» sea igualmente inexacta. No hay más remedio que introducirse en el examen de las bases sociológicas del teatro privado y preguntarse quiénes son los que «detentan» su consumo. En España hay pocas dudas sobre el particular. De ese mismo 20 por ciento que hace la historia de la totalidad de los españoles, sale el público que sostiene el teatro. El otro 80 por ciento permanece marginal, desinteresado de lo colectivo, cultivando la pequeña parcela de sus intereses materiales más inmediatos. ¿Importa o no importa incorporar a ese 80 por ciento a la vida nacional? Yo creo, desde luego, que es imprescindible y que nos va en ello, a la larga, la salud social e histórica.

¿Puede el teatro ser uno de los medios de integración? ¡Naturalmente que sí!, a condición de que se trate de un teatro ideológicamente interesado en ello. Y no hay duda que nadie puede exigirle a un empresario privado que lo haga. ¿Quién entonces?

El empresario actual es la pieza de una concepción del teatro, que, en sus aspectos mercantiles, corresponde al liberalismo español decimonónico. Todo el mundo tenía el derecho al voto, pero había que votar por el diputado que quería el cacique. Las elecciones las ganaba siempre el ministro de Gobernación. Algo parecido ocurre con el teatro: la taquilla está abierta para todos, pero quienes sostienen y gobiernan en el teatro son, en relación a los treinta millones de españoles, unos pocos.

El intervencionismo estatal tiene también sus problemas. Los economistas aseguran que la desamortización de los bienes de la Iglesia y la subasta de los bienes comunales produjo un aumento de bienestar y una consolidación de la injusta división de la renta. A los abusos de los poderosos se opuso esta revolución teóricamente liberal. Se pasó de la tiranía de unos pocos a la oligarquía. Adam Smith le ganó al frustrado reformador Olavide la batalla. ¿Cómo iban a aceptar la idea de la justa explotación de los bienes comunales por los más débiles de cada pueblo quienes tenían el dinero necesario para acudir a las subastas?

Este es un tema importante y serio dentro de los problemas de España. Y la progresiva intervención estatal en el teatro no hace sino testimoniar, desde un campo muy específico, la crisis del viejo radicalismo entre Libertad o Tiranía, que, por desgracia, dejaba casi siempre sin resolver los problemas de ese 80 por ciento de españoles que, lógicamente, suministraron luego al anarquismo internacional su más apasionado contingente.

La solución está en tener en cuenta los dos términos del dilema: la libertad individual y el bien común. Y en llegar con el Estado a donde no ha sido posible hacerlo con el individuo.

Necesitamos un teatro nacional y libre. Un teatro que atienda al bien común, sabiendo que la libertad forma parte esencial de ese patrimonio.

La «fórmula» está reinventada en numerosos países de Occidente. La fuerte subvención estatal o municipal se conjuga con una independencia de los equipos rectores de los teatros.

Seguir hablando, como se hace en alguna de las respuestas de la encuesta de «Ya», de la «tendencia europeizante» de ciertos críticos, de lo bueno que fue el año 64 para el teatro español o del creciente interés de la juventud por la escena, es olvidar, otra vez, a ese 80 por ciento que sigue esperando, o que, en la mayoría de los casos, ha eliminado totalmente el teatro en el juego de sus esperanzas.

JOSE MONLEON

## el trasplante de riñón

**A**LGUNOS viven actualmente gracias al trasplante de un riñón sano en lugar de los propios, incapaces de funcionar. Entre todas las tentativas de trasplantar órganos del cuerpo humano, la del riñón es, hasta ahora, la única en la que se han logrado resultados positivos.

El trasplante del riñón no constituye un problema quirúrgico: la técnica para insertar un riñón en el abdomen es relativamente fácil. El problema es de tipo biológico; en efecto, cada individuo tiene una propia personalidad biológica por la que rechaza cualquier trasplante procedente de un semejante suyo, aun cuando se trate de un pequeñísimo trozo de piel. El trasplante no prospera porque, inmediatamente, origina una reacción de anticuerpos que hacen degenerar al propio trasplante. El único caso en que posiblemente pueden prosperar es cuando se trata de gemelos, los cuales son constitucionalmente idénticos, por lo que uno de éstos puede acoger un riñón del otro sin que se rebelle su organismo. Fue demostrado esto, por primera vez, en 1954, por Merrill en Boston, y desde entonces ha efectuado otras diecinueve experiencias; pero, evidentemente, la mayor parte de aquellos que a causa de graves enfermedades renales ven en peligro su vida y necesitan un riñón sano que haga las veces del suyo, no tienen la suerte de contar con un hermano gemelo.

¿Con qué procedimientos se ha intentado vencer este obstáculo, a primera vista, parece infranqueable? ¿Cómo podemos explicarnos los éxitos conseguidos hasta ahora? Ante todo se busca el donante entre los parientes más cercanos del enfermo, eligiendo especialmente aquel que posea la mayor afinidad genética posible, lo que se establece mediante la determinación de sus grupos sanguíneos y otros exámenes.

No sería suficiente esto, sin embargo, ya que el trasplante estaría siempre destinado al fracaso a causa de la reacción de intolerancia, aun cuando estuviese atenuada por el estrecho parentesco genético. Es preciso, por tanto, preparar al receptor con objeto de eliminar la reacción. Se pensó primeramente en someter al receptor a una radiación de rayos X, tan violenta que fuese casi letal; actualmente se prefiere suministrar determinados productos farmacéuticos que producen los mismos efectos que los rayos (los llamados específicos radiomiméticos, entre los que se encuentran la seis-mercaptopurina y la actinomicina C), junto con la cortisona. Tal tratamiento ha de mantenerse de un modo sostenido. De este modo puede lograrse una pacífica coexistencia entre los organismos del receptor y el trasplante. Antes de la intervención, además, es preciso «lavar» el organismo mediante un riñón artificial; es decir, depurarlo de todos los sedimentos que los riñones enfermos han dejado acumular.

El trasplante de riñón (que, por otra parte y a pesar de todo, registra por lo menos un 25 por 100 de fracasos) requiere un complejo equipo, una serie de laboratorios, un equipo quirúrgico y médico especializado, por lo que se calcula que, los primeros casos de trasplante renal, han costado, en los Estados Unidos, cerca de dos millones de pesetas cada uno, considerando globalmente los gastos de las instalaciones y del tratamiento.

Es evidente que la asignación de fondos de contribuciones financieras a favor de este tratamiento y de investigaciones que pudieran mejorarlo, sería sumamente útil.

PROF. DI AICHELBERG